



Oleo de Franz Xaver Winterhalter (1805-1873), titulado "Rodrigo observando a Florinda"

FLORINDA

En la pintura del alemán Franz Xaver Winterhalter (1805-1873), Florinda ocupa un lugar especial en el centro a la izquierda. Llevas suelto el pelo negro y por vestido, una lujosa seda india del color del cobre. No muestras ni un solo milímetro de indecorosa sensualidad. La escena recrea un atardecer en Toledo, en la ribera del río Tajo. Una de tus amigas, está a punto de acariciarte con la palma de la mano. La otra te corona con sus cabellos de fuego. Las demás miran. Algunas hacen como que no ven.

El que sí está mirando es Rodrigo. Te observa a hurtadillas desde unos matorrales de la parte izquierda. El rey Rodrigo se enamoró de ti: "...*la visión de la bella joven «abrasóle» al monarca...*". Es el último rey de los visigodos, pero él aún no lo sabe. Estamos en la primavera del año 711 y todavía no han ocurrido los graves sucesos que cambiaran la historia de España.

Siempre fuiste prisionera de tu extraordinaria belleza. Todos los hombres te desearon. El rey te ha escogido de entre todas las doncellas de la corte para que le cures la sarna con la ayuda de un delicado alfiler de oro. Tú sabes que

es solo una excusa, un pretexto para solazarse con tus deliciosos encantos. Pero le rechazaste y ello le enfureció, redoblando su obsesión por poseerte.

Leo escritos que, en diversas épocas, otros firmaron sobre ti hablando de este suceso. Lope de Vega, Andrés da Silva, Menendez Pelayo, Fermín de Laviano, Robert Southey, José Zorrilla,... De entre todas, una frase me llama la atención: **"Ella dice que hubo fuerza; él, que gusto compartido"**. El dilema te acompañó durante toda la vida, incluso más allá de tu muerte. ¿Cuál es la verdad?

La hermosa Florinda, conocida también como la bella Oliba, fue a quejarse de la deshonra a su progenitor, al que le envió un huevo podrido. El conde don Julián, tu padre, entendió el mensaje y, sin amillarar las consecuencias, arrendó la ejecución de la venganza a los árabes vecinos. Una vez cruzado el estrecho y tastado el dulce sabor del terruño peninsular, los rifeños decidieron quedarse, trocando el arrendamiento pasajero, por una enfiteusis sin pago, de siete siglos de duración, periodo en el que, ejerciendo pleno dominio, dejaron imborrable huella para la eternidad.

Todo comenzó en la batalla de la Laguna de la Janda. El romancero dijo años más tarde: **"De la pérdida de España, fue aquí el funesto principio"**. Esta cruel sentencia, cayó sobre tus delicados hombros, por los siglos de los siglos.

Era el mes de julio y el calor asfixiaba a los caballeros toledanos, embutidos hasta los dientes en pesadas armaduras. Los árabes, montando caballos ligeros como el viento, jugaban con los torpes y lentos visigodos, asaetando sus cuerpos y lanceándolos sin compasión. Su sangre purpuró las aguas de la laguna de la Janda, en las horridas jornadas vividas cerca del río Guadalete. Rodrigo perdió en la Janda su corona por méritos propios y sin embargo te echaron a ti las culpas.

Tu pecado fue no amar al hombre que te deseaba. Ni a este ni a ningún otro, pues nunca fue de tu natural, semejante querencia. Fuiste a Toledo para obtener una buena educación, como la que, por aquel entonces, recibían los hijos varones de la nobleza aristocrática. Te negaron tu derecho solo por ser hermosa. ¿Qué culpa tienes tú de que el rey se enamorara de ti? Tú no le podías corresponder. En el óleo está la respuesta. Eres una mujer de rostro sereno, rodeada de sensuales jóvenes, disfrutando abiertamente de los placeres de la vida. No te hacía falta nada más.

Hay quien asegura que no eres real (yo no lo creo), sino tan solo un personaje de ficción, fruto de un conjunto de antiguas tradiciones moralizantes, cuyo propósito era hallar una explicación decorosa a la catástrofe que le sobrevino al reino visigodo con tanta rapidez. Pero yo sé de buena tinta que, tras la derrota de Rodrigo en la laguna de la Janda, trataste por todos los medios de reconstruir la maltrecha estabilidad de tu patria. Curaste al rey de sus heridas y le alentaste en la ímproba tarea de concitar solidaridades, con el propósito de reconstruir el poderío visigodo. ¿Haría todo esto una mujer resentida?

En tu caso, el amor por la tierra madre, lo pudo todo. El arraigo al terruño es lo que nos da sentido como seres humanos. Las mujeres y los hombres somos nómadas hasta que encontramos esa tierra que nos agrada. Entonces echamos raíces, asentamos nuestra vida a su alrededor y nos preparamos para defenderla hasta el último suspiro. Es lo que aprendiste de tu padre y él, a su vez, lo hizo del suyo, que también fue instruido por sus antepasados, y así sucesivamente hasta el principio de los tiempos. Y cuando en el mes de julio del año 711 tu tierra fue sacudida por fuerzas invasoras, no hubo afrenta personal que no pudiera perdonarse, si con ello ayudabas a defender lo que más querías. Tú demostraste que una mujer enamorada de la tierra que la vio nacer, es capaz de perdonar las infamias cuando la Patria está peligro. No importaba lo ocurrido en el pasado, sino el porvenir que hallarías en el futuro, aunque fuese incierto.

A pesar de este gran mérito tuyo, la historia no hizo justicia contigo. Los cronistas, que eran hombres, te llamaron Florinda la Cava, rebajando despectivamente tus virtudes y condenándote al menosprecio eterno, culpándote de que, la de Rodrigo, fuese la última corona del reino visigodo. Pero para mí, siempre serás la mujer de rostro sereno que luchó con todas sus fuerzas por defender a tu Tierra que, 1300 años después, también es la mía.

**© Ricardo J. Montés Ferrero
Octubre 2020**